



SANDRINE MOREL

EN EL HURACÁN CATALÁN

UNA MIRADA PRIVILEGIADA AL LABERINTO DEL *PROCÉS*

Índice

Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
Introducción

PARTE PRIMERA

2012: EL PISTOLETAZO DE SALIDA DEL PROCÉS

1. Artur Mas: «Somos más fuertes que nunca»
2. «España es el Titanic. No se nos puede negar nuestro bote salvavidas»
3. La gran comunión de la Diada: «¡El mundo nos mira!»
4. El silencio de Rajoy
5. La huida hacia delante: del autonomismo al independentismo

PARTE SEGUNDA

LA CONSTRUCCIÓN DE UN MOVIMIENTO HEGEMÓNICO

6. La ANC y Òmnium Cultural: una maquinaria para movilizar a las masas
7. Diadas: de la revolución de las sonrisas al odio desacomplejado
8. Ya van trescientos años de opresión
9. El «derecho a decidir» y otros eufemismos
10. La independencia, ese gran cajón de sastre

PARTE TERCERA

PERIODISTA EN MADRID Y BARCELONA

11. La presión a los informadores
12. Corresponsales abandonados
13. Medios de comunicación públicos bajo control

PARTE CUARTA

LA ESCALADA DE LA TENSIÓN

14. La CUP marca el ritmo

15. La escalada
16. De la Diada a la víspera del referéndum
17. Puigdemont: «Todos nosotros estamos preparados»

PARTE QUINTA

CRÓNICA DE UN CHOQUE ANUNCIADO

18. Una performance de desobediencia masiva
19. La «gran noche» de los revolucionarios
20. El 1-O. Y pasó lo que se temía que iba a pasar
21. Una difícil digestión
22. 10 de octubre: sobre el arte de no proclamar la independencia... ¿o sí?
23. Hacia una DUI suicida
24. Las consecuencias: exilio, cárcel, fractura social, depresión colectiva
25. Rumbo a las elecciones

Conclusión

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

A lo largo del convulso otoño político de 2017, los corresponsales en España han gozado de una privilegiada mirada sobre los acontecimientos que se produjeron antes, durante y después del referéndum catalán del 1 de octubre. En primer lugar, porque el propio Ejecutivo catalán les dio un protagonismo importante de cara a internacionalizar el conflicto. Y, en segundo lugar, porque contemplaban los hechos desde la perspectiva única que da la falta de vinculación emocional.

Sandrine Morel, corresponsal de *Le Monde* en España, nos cuenta en este libro su versión de lo acontecido con información de primera mano y con un resultado sorprendente. En la obra se reproducen declaraciones de los protagonistas desconocidas hasta ahora. Aunque no es este un análisis aséptico. La visión de Sandrine es crítica y mordaz, y pone en evidencia las estrategias de manipulación y movilización llevadas a cabo por las partes, a la vez que da su propia versión de los hechos sobre los verdaderos motivos—históricos, políticos y económicos— que confluyeron en el *procés*.

Un relato que pone luz a unos acontecimientos que forman ya parte de la historia de este país y que siguen muy abiertos en nuestras propias vidas cotidianas.

SANDRINE MOREL

EN EL HURACÁN CATALÁN

Una mirada privilegiada al laberinto del procés

Traducción de Lara Cortés

 Planeta

*A Léo y Roxane, por la luz.
A Diego, por el camino.*

Prólogo

Corresponsales bajo lupa

Nunca he sentido que se escrutara y se juzgara tanto mi trabajo como en el asunto de la independencia de Cataluña. Probablemente se debe a que, desde hace años, el apoyo, la simpatía o, al menos, la ausencia de animadversión de los Estados vecinos hacia la causa independentista ha sido una de las piezas fundamentales de la estrategia de la Generalitat. Esa postura favorable era crucial para evitar que la Unión Europea (UE) amenazara con expulsar a Cataluña de las instituciones comunitarias (una amenaza que, al final, sí ha llegado). También resultaba imprescindible para que Bruselas presionara a Madrid con el fin de que organizase un referéndum pactado de autodeterminación o, mejor aún, para que reconociera una hipotética república catalana (algo que, en cambio, no ha hecho, al menos en el momento en que escribo estas palabras). Y era, sencillamente, algo que se deseaba conseguir para aislar y desacreditar al «Estado español», mimar el ego de los dirigentes en busca de legitimidad y transmitir a sus votantes la idea de que el mundo estaba pendiente de ellos y los apoyaba.

Las extraordinarias puestas en escena que se desplegaban en cada Diada servirían, gracias a sus espectaculares imágenes, para asegurarse una buena cobertura en los informativos de las televisiones del mundo entero. A todo

ello se sumaban los esfuerzos de la «diplomacia catalana» para ejercer presión a través de «embajadas» abiertas en las principales ciudades de Europa, conferencias organizadas en las universidades de mayor prestigio y reuniones con los redactores jefes de los grandes diarios internacionales.

Para un periodista, el «conflicto» catalán es mucho más que una cuestión difícil de tratar: es un verdadero terreno minado. El reto que plantea —la unidad o, incluso, la supervivencia misma de España, según unos, o la utopía de un nuevo Estado sin mácula de pecado, justo y libre, según otros— es demasiado grande para no desatar pasiones. Los informadores hemos tenido que trabajar en un ambiente de tensión exacerbada, en el que a menudo los sentimientos han sustituido a los argumentos. Dado que el tema catalán es impermeable a la razón, al principio los lectores intentaron etiquetarnos. Para muchos, los periodistas en Cataluña se dividen en dos grupos: los «partidarios de Madrid» y los «partidarios del independentismo». Así que, cada vez que subrayo las incoherencias que encuentro en el bando independentista, se dice de mí que estoy manipulada por el Gobierno español, y cuando trazo un retrato crítico de Mariano Rajoy, se me acusa de ser «desleal» a España.

A menudo los corresponsales nos hemos sentido presionados. Se nos ha leído, escuchado, interrogado. Se nos ha invitado a los platós de televisión. Se nos han enviado decenas de solicitudes de entrevistas, por parte de estudiantes universitarios, para trabajos académicos centrados en «la visión de los corresponsales extranjeros sobre la crisis catalana». Los lectores nos han acusado —a través de correos, de comentarios en línea o de las redes sociales— de tergiversar la información. El único que no ha ejercido ninguna presión sobre los corresponsales ha sido el Gobierno central: en general, nos ha ignorado.

He cubierto la actualidad española para el periódico francés *Le Monde* desde el verano de 2010. He asistido a

todas las Diadas desde la de 2012, a favor de un «Nou Estat de Europa», hasta la de 2017, en pro del sí al referéndum. He realizado centenares de entrevistas a manifestantes, historiadores, intelectuales, periodistas, escritores... He podido entrevistar a Artur Mas y Carles Puigdemont, además de a decenas de otros personajes políticos de primer orden, como Ada Colau, Carme Forcadell, Marta Rovira, Inés Arrimadas y Albert Rivera. He cubierto las elecciones autonómicas de 2010, 2012 y 2015. El único gran acontecimiento de los últimos años en el que no he estado ha sido el referéndum del 9 de noviembre de 2014, porque me encontraba de baja por maternidad. Mi hija nació seis días más tarde.

Y, a pesar de todo, se me ha dicho una y otra vez: «tú no puedes comprenderlo», «eres francesa, jacobina» —con la variante del «despotismo ilustrado»—, «estás contaminada por Madrid»... Me han prevenido del «error» que supondría escribir acerca de las fracturas sociales que provoca el independentismo, advirtiéndome de que se trata de «una grosera manipulación orquestada desde la derecha». Me han indicado que no debo hablar con opositores a la inmersión lingüística porque, en realidad, existe «un consenso absoluto» en torno a esta cuestión. Han intentado imponerme una visión ficticia del «pueblo catalán», presentándomelo como si fuese una entidad unida y homogénea, y han tratado de manipularme con determinadas mentiras.

También he visto cómo un compañero, psicológicamente agotado, se planteaba optar por la autocensura para evitar insultos y tensiones. He escuchado a un colega español explicarme que su redacción había encontrado una solución muy sencilla: enviar a los periodistas a cubrir las noticias de los partidos cercanos a sus posiciones ideológicas. Un remedio cómodo que permite tener acceso a buenas fuentes, pero que tal vez resta espíritu crítico.

A estas dificultades se han sumado otras, específicas del independentismo catalán, cuando este ha decidido se-

guir la vía de la desobediencia y la unilateralidad. Las palabras se han vaciado, cada vez más, de significado. En los discursos públicos se difunden ideas contrarias a las que se nos comunican en privado. La propaganda política ha moldeado una realidad paralela, con su propia lógica, en la cual Cataluña —«oprimida» por España— aparece con una «legitimidad» superior, que justificaría que esta comunidad autónoma violara las leyes para «emanciparse».

En las redes sociales, pobladas por un ejército de troles anónimos, se han multiplicado los insultos contra los periodistas y se han propagado teorías conspirativas de todo tipo... La que me afecta directamente, por ejemplo, sostiene que la cobertura del problema catalán de *Le Monde* está orquestada desde Madrid, a través de Prisa, dado que esta compañía posee el quince por ciento de nuestro grupo. Es una acusación a todas luces falsa —jamás nadie ha revisado mis textos para cambiar su enfoque ni me ha indicado qué debo escribir, y mucho menos, desde luego, podría hacerlo un accionista minoritario—, pero de la que algunos irresponsables políticos se han hecho eco.

La realidad es que la única ocasión en la que se me amenazó con censurarme fue el día en que un responsable de prensa de la Generalitat, con el que mantenía una relación profesional de confianza desde hacía ya varios años, me soltó mientras tomábamos un café: «Si compramos dos páginas de publicidad en *Le Monde*, tus jefes te dirán qué debes escribir...». Al ver mi indignación, se disculpó añadiendo: «Bueno, así funcionan las cosas aquí». Después, pasó un ángel.

He aceptado escribir sobre la sucesión de acontecimientos en Cataluña tal y como la he visto y la he vivido. No pretendo en absoluto hacer un análisis del nacionalismo catalán, de sus raíces históricas, de sus motivaciones profundas, de los argumentos a favor o en contra de la independencia. El encadenamiento de graves decisiones políticas que desembocó en los hechos de octubre y noviembre

de 2017 ha provocado que se pase de un debate legítimo a un conflicto absurdo e irresponsable y, en último término, a la declaración unilateral de independencia, a la activación del artículo 155 de la Constitución y al ingreso en prisión provisional de los dirigentes independentistas. En estas páginas he intentado reflejar la visión de una persona que, sin ser ni española ni catalana, ha asistido, con tristeza y temor, al crecimiento del odio dentro de una sociedad que hoy en día se encuentra terriblemente fracturada por un conflicto cuyas consecuencias aún resultan difíciles de valorar.

Introducción

Esquizofrenia identitaria

En este día otoñal, comenzado ya noviembre de 2017, me arrastro hasta un taxi en la estación de Barcelona Sants. Mi hija, de tres años, a la que no le gustan nada mis largos y frecuentes viajes a Cataluña, me tuvo en vela la noche anterior. Le indico al taxista la dirección de mi hotel sin intentar entablar una conversación, como suelo hacer. El tiempo es agradable. El cielo está despejado. Veo pasar los edificios modernistas de la Ciudad Condal tras el cristal de la ventanilla. «¡Que la metan en la cárcel, a esta también!» De repente, la voz del taxista, que masculla, me devuelve a la realidad. El hombre, de unos cincuenta años, regordete y con el contorno de los ojos arrugado por el sol, ha respondido así a la radio, que acaba de dar los titulares del día. Le pregunto, con fingida candidez, de quién está hablando. «De la Forcadell», me contesta con vehemencia. Esta semana, efectivamente, el magistrado del Tribunal Supremo deberá decidir si envía o no a prisión provisional a la expresidenta del Parlament catalán. La pasada, la Audiencia Nacional ya ordenó que ocho antiguos consejeros autonómicos, entre ellos el exvicepresidente Oriol Junqueras, ingresasen en la cárcel de forma preventiva.

Incito al taxista para que siga hablando acerca de los motivos de su cólera. No necesito insistir.

El hombre se remueve nerviosamente en su asiento, explicándome que ya no soporta más la situación política, la tensión, la presión y los insultos, que el turismo ha bajado, que se vivía bien. «Antes...» A continuación, añade que es catalán, nacido en Barcelona, e hijo de andaluces, de «republicanos, ¡así que no consiento que nadie me acuse de ser un facha!». Sin dejar de hablar, se inclina hacia delante y, mientras mantiene una mano en el volante, con la otra abre la guantera y empieza a rebuscar en ella, intentando no perder el control del vehículo. Empiezo a tener miedo. Por fin, su mano encuentra lo que estaba buscando. De repente, el taxista levanta una minúscula banderita roji-gualda, pegada a una varilla de plástico blanco, y empieza a ondearla ante mi mirada estupefacta. No puedo evitar echarme a reír. «Yo soy republicano e hijo de republicanos. Esta bandera nunca ha sido la mía, ¿sabe? —me suelta, antes de añadir avergonzado—: Pero míreme ahora. Los independentistas me han convertido en un españolista.»

Vuelve a agitarla dos o tres veces, por si acaso no lo he entendido bien a la primera, y después la deja en el asiento delantero. Comprendo esta esquizofrenia. Hasta ahora, la bandera española era patrimonio casi exclusivo de los simpatizantes del Partido Popular (PP), a los que en Cataluña se les suele calificar fácilmente de *fachas*. Los descendientes de los republicanos tienen otra bandera —roja, amarilla y morada—, que no sobrevivió a la dictadura franquista. Y, como mucho, se limitan a ondear la actual enseña oficial durante los partidos de la selección española de fútbol, la Roja.

En los descendientes de andaluces y extremeños —y no solo en ellos—, el movimiento independentista provoca a menudo este desgarró. El cinturón de ciudades obreras que rodea Barcelona se construyó con las sucesivas oleadas de inmigrantes que fueron llegando, principalmente desde el sur del país, entre los años cincuenta y setenta del siglo pasado. Estos españoles, que huían de la pobreza y partici-